

DEL HUMANISMO AMERICANO A LA CRISIS POSMODERNA

Como muchas veces lo hemos afirmado, en nuestra opinión, la significación americana surge de la expansión y reinterpretación de la cultura hispánica motivada por su irrupción en un mundo otro, con culturas y lenguas diversas que la modifican.

Asentado nuestro convencimiento de que la identidad es defendida, buscada y en parte teorizada desde los siglos coloniales, es innegablemente en el proceso emancipatorio de nuestras naciones donde se articula el discurso de la identidad, con sus contradicciones y aperturas. A partir de Echeverría, Alberdi, Martí y Gavidia, Sarmiento y Andrés Bello, se replantea con fuerza el tema conflictivo de una identidad que es afirmada, ambicionada y a la vez negada, de un idioma que nos modela y a la vez modelamos, de raíces que quisiéramos borrar, redescubrir o exaltar.

En Manuel Ugarte, Pedro Henríquez Ureña, José Carlos Mariátegui, Samuel Ramos, Alfonso Reyes, Vascconcelos, Justo Sierra, Alejandro Carpentier, Fernando Ortiz, Gilberto Freyre, B., Canal Feijoo, Carlos Astrada, Rodolfo Kusch, Leopoldo Zea, E. Mayz Vallenilla, queda imborrablemente delineado un itinerario reflexivo que afirma la compleja realidad americana, construida sobre la pluralidad racial, los símbolos del mestizaje la imbricación de lo popular y lo ilustrado.



(31)

La modernidad ha tenido en su desarrollo una innegable vocación de ir más allá de las etnias y las nacionidades, traspasando y destruyendo las culturas originarias. Se llama *modernización* a la modificación económica y política de las naciones bajo el impulso transformador de nuevos patrones científicos y técnicos, y *modernismo* a la transformación filosófica y artística que acompaña a este movimiento.

La emancipación subjetiva es la característica dominante de la modernidad. Se le atribuyen rasgos características de abstracción, futuridad, individualización, liberación y secularización (Marshall Berman) que define un estilo cultural nuevo.

América vivió su especial "modernidad", la modernidad que trajo el español y que fue ampliando progresivamente sus capacidades de transformación hasta convertirnos en sociedades semi-modernas, históricas, abiertas, pero ligadas a símbolos y valores.

La corriente occidental iluminista nutrió la fase liberal de la cultura americana. No cabe duda de que fueron las ideas progresistas del liberalismo económico y político europeo las que hicieron posible nuestra emancipación, alentada por Francia e Inglaterra. Las clases ilustradas se desgajaban en España,

pero también del pasado colonial, mestizo, de la doble raíz humanista e indígena gestora del humanismo americano.

La intolerancia del siglo XIX enfrentó duramente a ambas corrientes culturales y políticas, una considerada como *barbarie*, aunque constituía el tronco histórico de América, la otra considerada como *civilización*, por traernos un estilo ya hecho a la manera de las naciones progresistas.

Los protagonistas del liberalismo político en el siglo pasado conformaron una parte de la nación, crearon sus instituciones y promovieron un tramo de nuestro desarrollo.

Pero examinemos un poco sus núcleos significativos: su modelo era la sociedad anglo-francesa-norteamericana constituida como sociedad urbana, industrial, laica y progresista, erigida sobre los ideales económicos del librecomercio puestos al servicio del desarrollo industrial. Sus principios eran racionalistas y morales dentro de un ámbito reducido del despliegue de esa sociedad civil, tácitamente racista y etnocéntrica. Alberdi y Sarmiento alentaron por igual la inmigración europea, convencidos de que éramos el país blanco de América, demorado por restos de indigenismo y herencia hispánica. Imitar el desarrollo británico era moralizar, elevar el nivel de la sociedad, purificarla de la incuria y el atraso atávicos. Sabemos también que en la práctica aquello que condenaron se les impulsó finalmente como parte ineludible de la realidad a la que pretendieron moldear en un esquema ideológico. Sarmiento conforma el mito literario de Facundo, al que condenó como agente de la fatalidad y del legado hispano-católico, bárbaro y rural.

Para la ideología liberal organizadora no había núcleos previos identificatorios de una cultura que merecieran ser propagados o propuestos a la comunidad: tampoco patria latinoamericana común, sino naciones separadas cuyo cometido básico consistía en ir extendiendo su frontera interior a expensas del indígena o del criollo.



(32)

El accionar de los libertadores, también imbuidos de la filosofía liberal pero con ideales de servicio a los pueblos, había quedado atrás.

Hicieron coincidir la identidad nacional con un esquema fabricado, con instituciones respetables copiadas de las grandes naciones, con leyes y estatutos que distaban en gran medida de interpretar la total y áspera realidad americana. No obstante, su accionar dio frutos en el país que somos, y esos frutos son los de nuestra educación, sociedad política, universidad, derecho, etc.

Esta corriente descuidó ocuparse del perfil antropológico real de nuestro pueblo, de las sociedades provincianas, de las clases humildes, ligados al ethos católico y a la formación mestiza.

Sin embargo nuestra sociedad produjo prontas y sucesivas respuestas tanto políticas como culturales, artísticas, en favor de la identidad profunda. Debemos ver el género gauchesco, creación rioplatense, como expresión legítima del ethos popular encarnado en escritores ilustrados que representan en el siglo pasado una polémica toma de conciencia. Ascasubi con *Santos Vega*, Hidalgo con sus *Cielitos*, Hernández con su *Martín Fierro*, llegan a expresar la cara oculta del proceso triunfante de la modernización y modelización del Estado sobre pautas liberales.

Vemos hoy ese proceso con más homogeneidad de la que en realidad tuvo, por esa unificación del detalle que suele producir el friso histórico, especialmente visto desde una sola perspectiva. Mucho cabría decir también, en relación con el despertar de esa conciencia nacional en los intelectuales argentinos. Un estudio de Adolfo Prieto (*El criollismo en la formación de la conciencia nacional*) pone en evidencia la necesidad que sintió la clase dirigente de rescatar símbolos de unidad nacional frente al avance de las clases inmigratorias que transforman al país

en una mezcla cosmopolita. El *criollismo* no fue solo una respuesta espontánea sino incluso una clave organizativa, un sueño que permitía la reordenación de la cultura ante la posibilidad de su fragmentación. Ese designio habría permitido que Lugones valorizara al *Martín Fierro*.

De aceptar esta tesis estaríamos ante una manipulación de la simbólica popular con fines políticos. Aunque no nos convence plenamente esa tesis, puede servirnos de alerta para otros momentos similares.

¿ HUMANISMO O POS-MODERNISMO ?

Las diferencias de enfoque se hacen explicables por la negación neoliberal de parte de nuestra historia y cultura. Los liberales ponen el acento en el nacimiento de nuestros países como secuela de la revolución burguesa que llevó adelante ideales de ilustración, racionalismo y modernización de la sociedad. Así, desde el comienzo, la identidad político-cultural de las naciones latinoamericanas estaría signada por anhelos de libertad y prosperidad económica, e inevitablemente lanzada a la imitación de los modelos generados por la sociedad hegemónica de los siglos XIX y XX.

Al aceptarse esta tesis sin dudar, se acepta también, acríticamente, la legitimidad de improntas culturales, modos, costumbres, tendencias, roles sociales, fundamentaciones filosóficas y patrones educativos gestados en las tierras prósperas del Norte, dentro de su propia tradición y ethos cultural.

Se ignora el hecho de que las naciones no surgen de un día para otro por una voluntad política, y en cambio tiene raíces en un complejo espiritual ecológico que abarca un paisaje propio, un lento mestizaje de razas disímiles, la formación de un imaginario simbólico, un lenguaje, un reservitorio de mitos y pulsiones sociales por los cu-

ales se expresa todo un pueblo en sus diferentes capas sociales.

Los sociólogos hablan de la problemática latinoamericana moderna como de un proceso de extensión de la problemática euronorteamericana. Prefieren dejar de lado "el misterio ontológico de la cultura" (Bruner: **Los debates sobre la modernidad y el futuro de América Latina CLAEH**) y abocarse a las tensiones originadas por la expansión de nuevas atmósferas de la modernización tecnológica.

Según Bruner la corriente de la *posmodernidad* surge como una radicalización de la crítica a la modernidad a la vez que desvincula la superación de su crisis de cualquier propuesta religiosa. Esto hace que para nosotros se trate más de una hipermodernidad que de una posmodernidad. Tal orientación se hace notoria en los ámbitos universitarios. Ihab Hassan caracteriza al momento posmoderno como de construcción, ejercida fundamentalmente con relación a la cultura occidental y sus instituciones.

Se caracteriza este momento por la negación del logos, el sujeto, la historia, los grandes relatos que dan sentido al devenir. El descubrimiento y pérdida de los relatos maestros trae consigo un individualismo exacerbado.

En la expansión literaria domina el pastiche, la fragmentación, los proyectos e ideales son sustituidos por un hedonismo y una pluralidad falsa de opciones que pretenden colmar la vida. La literatura es collage, citas, injertos, alegoría, cruce de textos: es una pos-literatura que merece una poscrítica.

Baudrillard: "no hay trascendencia sino la superficie inmanente del desarrollo de las operaciones, de la producción y el consumo, el logos es sustituido por la era proteica de las redes, por la era narcisista y proteiforme de la conexión, el contacto, la contigüidad, del



(33)

Feed-back, de la interfaz generalizada". (*Las estrategias fatales*).

Queda la imagen de una gran pantalla donde los signos, el cambio, la intrascendencia, la velocidad, la fluidez circulan y rotan incesantemente, dice Bruner. E.E.U.U. es el modelo posmodernista, pese a los intentos de algunos dirigentes por recuperar las raíces éticas del protestantismo. Se habla de anomia, inseguridad, temor al caos.

El filósofo Jurgen Habermas, que visitó hace un tiempo la Argentina, es un agudo crítico de estos procesos de la posmodernidad. En nombre de la razón progresista y de una ética laica, defiende la modernidad como proyecto inacabado. Esto hace que algunos de nuestros compatriotas se sientan identificados con él, aleñando el desarrollo de un proyecto que los países periféricos no han podido realizar.

Sin embargo, hay razones para pensar que ni el modelo moderno fue plenamente adoptado por América, ni tampoco lo es el modelo posmoderno. Acentuar cualquiera de ellos significa para nosotros desterrar como extravagantes o pasadas las "supervivencias precolombinas, mestizas o barrocas de América". (Bruner)

Quedarían como residuos culturales a ser superados por la "civilización". Estaríamos incurriendo nuevamente en el viejo error de la superioridad europea, ya no creíble ni para los propios europeos pensantes, críticos, estudiosos.

Si se abre una etapa pos-moderna, y en este caso la palabra estaría cargada de otras valoraciones, tiene que ser por superación de la antinomia antiguo-moderno, y no por eliminación de uno de los términos.

Por otra parte, cómo podríamos aceptar desde América que el modelo euro-norteamericano es lisa y llanamente mejor para nuestros pueblos, si vemos críticamente muchos de sus errores y falencias morales, e incluso estamos empezando a padecer las terribles consecuencias del desequilibrio ecológico desencadenado por sus excesos.

La posmodernidad latinoamericana no es tal sino una

permanente manera de reconciliar lo viejo y lo nuevo, lo indígena y lo europeo, lo criollo y lo moderno. Nuestros pensadores y escritores, así como los políticos que intentan captar la esencia popular, afirman la perduración de un modo propio, que no significa mero folklorismo. Frente a Habermas surge la imagen de otro pensador americano al que siguen los jóvenes: Rodolfo Kusch. Otro agudo crítico de la modernidad y la posmodernidad europea fue Eduardo Azcuy. (*Posmodernidad, cultura y política*, CELA, 1989, *Juicio ético a la revolución tecnológica*, Madrid, 1994).

Kusch enunció un concepto de geocultura americana que pone en evidencia la novedad de nuestro carácter y la fuerza modeladora de un entorno propio en su conformación. Valorizó especialmente los núcleos populares como reservas de identidad, frente a los grupos sociales desculturizados que se identifican fácilmente con los modelos propuestos desde la red comunicacional.



(34)

Esos grupos de la clase media suelen ser obedientes a la modelación cultural en mayor grado que las clases populares, así como una franja de intelectuales lúcidos que ya forman ingente tradición interpretativa, autoconscientes de su propia identidad.

De una u otra versión surgen asimismo proyectos políticos disímiles. En un caso se trata de impostar un modelo europeo o nordatlántico considerado insuperable. Sus ejes son la sociedad civil, los derechos humanos - especialmente restringidos a la libertad de expresión y a los derechos individuales - la modernización social y la informatización educativa para tornar la sociedad más funcional y eficiente. Sus móviles son la obtención de mayor confort y seguridad para una parte de la ciudadanía, su costo es el profundo desequilibrio social, pues gran parte de la sociedad no entra en el esquema y se halla condenada al hambre o la marginalidad.

En el otro caso se afronta un riesgo histórico, que parte de la convicción de que cada sociedad tiene derecho de generar su propio modelo de organización política, desarrollo técnico y evolución educativa.

Los teóricos de lo americano quedan para algunos como un remanente del pasado, en tanto que los nuevos teóricos de la planificación mundial ocupan lugares que les ofrecen los organismos internacionales, muchos de ellos negando su pasado socialista, clasista y materialista.

Nosotros hemos preferido apostar a la cultura, al redescubrimiento del hecho americano en cuanto tiene de acontecimiento cultural, histórico, filosófico y religioso.



(35)

